

La Señorita Maestra en *El Cojo Ilustrado* (1892-1901)



The Miss Teacher in El Cojo Ilustrado (1892-1901)

Claritza Arlenet Peña Zerpa

claririn1@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-1381-7776>

Teléfono de contacto: + 58 4122936196

Escuela de Educación

Universidad Católica Andrés Bello

Caracas-Venezuela

José Alirio Peña Zerpa

jaliriopz@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0001-6367-0691>

Teléfono de contacto: +54 939761990

Becario OIM Profesorado Universitario

Nivel Secundario y Superior

Universidad Austral

Buenos Aires. República de Argentina



Fecha de recepción: 27/09/2021
Fecha de envío al árbitro: 31/09/2021
Fecha de aprobación: 24/11/2021

Resumen

El presente artículo, en primera instancia, es una aproximación al concepto *Señorita* a partir de las letras, la tradición, las costumbres y sus vestuarios. Se realizó una revisión en los números publicados entre 1892 y 1901 de la revista *El Cojo Ilustrado* (fuentes primarias). También se consultaron dos fuentes secundarias: Bouzagio (2016) y Di Mare (2013). Del diálogo imágenes-textos se identifica a la señorita maestra con el propósito modernizador de la revista. Se buscaba beneficios para el país en orden a una noción de progreso positivista.

Palabras clave: señorita maestra, *El Cojo Ilustrado*, enseñanza, modernidad.

Abstract

This article, in the first instance, is an approach to the concept miss based on the lyrics, tradition, customs and their costumes. A review was made of the issues published between 1892 and 1901 of the magazine *El Cojo Ilustrado* (primary sources). Two secondary sources were also consulted: Bouzagio (2016) and Di Mare (2013). From the images-texts dialogue, the teacher is identified with the modernizing purpose of the magazine. Benefits for the country were sought in order to a positivist notion of progress.

Keywords: miss teacher, *El Cojo Ilustrado*, teaching, modernity.

Author's translation.

Introducción

En medio de dificultades políticas, la creciente modernización ganaba terreno en las principales ciudades de Venezuela. Ferrocarriles, energía eléctrica, gas y fábricas eran mostradas en páginas de la revista *El Cojo Ilustrado* a la par de las haciendas de café con sus peones. Dos realidades: pueblos abandonados y poblaciones transformadas.

Algunos intelectuales colaboradores de la revista estaban fascinados por la ciencia y sus avances. Filtraban en sus textos la idea de progreso movida por la razón como instrumento para organizar un país. Más allá de comprometerse con algún gobernante, *El Cojo Ilustrado* centró sus páginas en el arte y las letras. Bouzagio (2016) cataloga a la revista “como producto de consumo e ilusión del mundo moderno” (p. 119). Más que ilusión, y en medio de la diada barbarie y civilización, se reconoce en la prensa el poder del Estado para mostrar los cambios, productos del progreso, en un escenario de agitación política y febril deseo de avances. Basados en este espíritu, la libertad para publicar no conoce barreras cuando se dirige a sus lectores (estatus alto). No resulta contradictorio las imágenes de cuerpos desnudos ni la literatura donde había alusiones a prácticas sexuales. Aquellas páginas se imprimían en una sociedad conservadora bombardeada por discursos sobre la moral y la correcta sexualidad. En los hogares había filtros y prohibiciones.

Con una participación mayoritariamente masculina, *El Cojo Ilustrado* no excluía a la mujer del llamado a contribuir con el progreso. Además de ser la primera formadora de los hijos en las élites, también colaboró con la crianza de niños huérfanos a través de sociedades caritativas, financiadas con el capital de hombres influyentes. Especialmente, las señoritas encontraron una posición necesaria en la formación de las chicas de las familias honorables. Rol que ejercían hasta contraer matrimonio.

Las señoritas acompañaban a las madres (señoras) en las obras caritativas, esto les permitió mayor sensibilización con el otro. Sociedades como *El bello sexo artístico* ofrecieron presentaciones para recaudar fondos y reconstruir una iglesia. La alusión a señoras y señoritas era común en la sociedad venezolana a finales de 1800 y comienzos de 1900. Son dignas de respeto y admiración por su origen familiar y sus obras benéficas.

Las señoritas aparecen en *El Cojo Ilustrado* como un grupo especial. Cantantes, instrumentistas, poetisas, mujeres caritativas, novias y maestras. Renombrados escritores como Julio Calcaño (Secretario perpetuo de la Academia de Lengua), Francisco de Sales y Bolet Peraza, dedicaron líneas a las señoritas desde significaciones diferentes. Unos preferían sumergirse en la formación femenina con arraigo en las buenas costumbres y otros en el rol político visto como referencia a la búsqueda del bien en la sociedad positivista.

Los grabados muestran a las señoritas maestras siempre en el interior de la revista y nunca en la portada. Conformaron un grupo de jóvenes solteras con la posibilidad de estudiar (no a nivel universitario) y poder ejercer la enseñanza. El origen familiar de algunas marcaron importantes diferencias y privilegios, como el mayor reconocimiento a través de la escritura de textos publicables.

Desde el diálogo entre grabados y textos, en los diferentes números revisados, es posible ver a las señoritas en su contexto local con un fuerte influjo de las modas europeas del momento. No es posible encontrar toda la información en un solo número, de modo que los grabados son vistos bajo la noción de punctum de Barthes (1989), es decir, el detalle que atrae la atención.

La señorita: más que un estado civil

Rostros femeninos dulces e inocentes eran mostrados a las élites en *El Cojo Ilustrado*. Bellezas venezolanas, cubanas, francesas e italianas, formaron parte de muchas páginas. Pero, ¿a qué hace referencia el término seño-

rita? La imagen de la señorita se asocia a la pureza e inocencia. En la poesía había una clara conceptualización. Era común leer algunas producciones de notables poetas venezolanos y extranjeros dirigidas a aquellas mujeres jóvenes. Ellas resultaban atractivas físicamente. Muy interesantes por su desconocimiento a los placeres carnales. Una muestra de ello se advierte en la siguiente estrofa:

Dime, rival de las rientes flores,
 Cuál es más pura y más intensa llama:
 La que brilla en tus ojos seductores
 O la que, al verte, el corazón me informas (Arismendi, 1905, p. 18).

La flor es un acercamiento a la belleza femenina. Su suavidad y temporalidad en la vida, aunque sea breve, es motivo de admiración. Ser señorita se asocia a la fruta prohibida (objeto de deseo). En medio del paraíso terrenal, signado por la modernización, desear a aquella mujer únicamente era posible bajo el respeto a la tradición familiar y las claras convenciones sociales. Para lograr esto, el hombre debía pensar en las leyes humanas (matrimonio civil instaurado desde 1873 por Decreto ley) y divinas (matrimonio como sacramento). Destaca en un habitual grabado: “ese encantador racimo de *frutas vedadas*, o que solo se adquieren con la venia del Juez y el Sacerdote” (Grabado Grupo de Señoritas de Sanare, 1895, p. 21). El consentimiento de estas dos autoridades y la familia de la joven constituían las aprobaciones necesarias para estar con un hombre carnalmente. Fuera de esto, era una clara ruptura, una inmoralidad, visto como una deshonra. Una señorita al intimar con un hombre antes del matrimonio era visto como un acto sin aprobación moral. Se le veía como un desliz y “pierde la consideración social” (De Sales Pérez, 1892, p. 88). El escarnio para la familia implicaba señalamientos. El/la lector (a) interesado (a) puede revisar en el año 1893 el grabado El peor de los peores de Benjamin Vautier la escena de pena y dolor de una mujer a quien un hombre “le robó la honra” (p.19). El disfrute del sexo era legitimado por el matrimonio. Al margen de esto se situaba la mujer liviana.

Para 1900 aparecieron importantes significaciones sobre las señoritas en las poesías. Algunos se dedicaron, cuidadosamente, a alguna joven conocida. El número doscientos diez cuenta con mayores acercamientos. Los ojos varoniles fijaban la atención en la cercanía a la imagen libre de pecado: la Virgen María. Modelo inspirador y digno de imitación para las mujeres y madres de familia. Torres (1900) usa el término “sin mancha” en La Primavera del espíritu, como reafirmación de una vida fiel a los preceptos religiosos. Estar libre de pecado equivale a una vida dedicada a Dios. En el poema Oh, Rubia! se identifican estas palabras:

Oh, nubil azucena!
 Oh, virgen!...Siempre en calma
 estar debe tu espíritu. Cuán buena
 y como hermosura debe ser tu alma (Racamonde, 1900, p. 572).

Se trata de un tránsito del espíritu. Dicho tránsito es la exaltación de la quietud y de la benevolencia hecha carne. Incorruptible y dedicada a los designios de una unión matrimonial donde creará y será ejemplo para otras.

El hogar es, pues, el espacio para la crianza de las niñas y señoritas, también el destino. En ese retorno, la fe católica conforma un pilar central: el manifiesto en las costumbres y el modo de vestir. A través de la doctrina, las madres formaban a las futuras esposas. Las pertenecientes a la clase alta eran reconocidas de forma pública. Un ejemplo lo representaron las páginas dedicadas a la señora Lucrecia Tirado de Villanueva. Tras su muerte (en el año 1900) se resaltaba su rol de esposa y madre, esa del grupo de “mantenedoras del fuego sagrado del hogar, las que forman al ciudadano, y le inculcan la moral y las doctrinas que sostiene en la plaza pública” (Calcaño, 1900, p. 773). En estas líneas, se señala la importancia de la crianza en aquella sociedad. Los hombres tenían más opciones en espacios públicos que las mujeres. Ellos iban a la Escuela de Telegrafía. En la imagen de los alumnos mostrada en *El Cojo Ilustrado* eran hombres. Debían aprobar un examen, felizmente ese grupo lo logró para el 16 de enero de 1900.

Los hombres estudiaban en la universidad, ejercían cargos de importancia en los gobiernos, eran médicos, empresarios y jefes de familias. Estar presente en todo, además de tener el control, implicaba un poder asumido con orgullo. Así, pues “ser el jefe razonable y justo de la casa, y no lo será en tanto que no sepa mantener

la regla sin hacerla sentir” (Gausseron, 1900, p. 762). La inferioridad de la esposa por su dócil carácter era evidente. A ella solo se le asociaba con la dulzura y la delicadeza.

En su mayoría, las opiniones sobre el matrimonio y los patriarcas eran escritas por hombres y no por mujeres. Aún cuando las jóvenes escritoras Polita de Lima y Adina Manrique publicaran las temáticas, no estaban vinculadas a posiciones femeninas frente a espacios marcadamente masculinos sino a resaltar héroes del país y la veneración de los santos. Más aún, las biografías de las señoras eran realizadas por hombres.

La mujer casada obedece al hombre, las señoritas observan de sus madres y abuelas este comportamiento para luego replicarlo cuando tengan su propio hogar. De esta forma, se crean tradiciones para la formación de las mujeres quienes no siempre salían a la palestra pública por sus nuevos apellidos. Ciertas jovencitas fueron blancos de elogios por parte de destacados escritores. Se imponía el intelecto y la moral más que por la aspiración a casarse. Entre ellas: Polita de Lima, Luisa Queremel, Adina Manrique. Todas destacadas por sus prolíficas plumas.

Además de las escritoras, antes señaladas, algunas señoritas sorprendieron por la conquista de sociedades musicales. *El bello sexo artístico* (Valencia) y *Fantasia* (Falcón) representaron ejemplos en términos de igualdad de género, así lo refiere la noticia en la cual se presenta de manera textual las palabras de Epaminonda López Pulicani: “...ya que los hombres tardan, constituyamos la orquesta las mujeres” (*El bello sexo artístico*, 1893, p. 334). El talento y la caridad resultaron ser las fórmulas para su reconocimiento.

Es usual encontrar para la época el término “bello sexo” para referirse a las mujeres provistas de hermosura y belleza espiritual. En los poemas, grabados y sueltos editoriales de la revista de identifica: señorita. Con el tiempo, no se ha aceptado ninguna referencia discriminatoria a la mujer. Bello sexo o sexo débil vistos en la actualidad en diccionarios aún generan incomodidad. Nótese que las señoritas de aquella sociedad musical aceptaron ser identificadas como bello sexo, sumando el adjetivo de artístico. En su constitución predominó la búsqueda de igualdad. Tocaban violoncelos, violines, flautas, clarinetes y bombardinos. Sus piezas correspondían a temas religiosos. He aquí sus nombres: Epaminonda López, Elena López, Juana García, Esperanza Salom, Socorro Lizardo, Isabel González, Luisa González, Virginia Burgos, Caridad Soler, Teresa Burgos, María López, María Pérez, Felicia Celis, Trinidad Frentes, Ana Codecido, Josefina López.

También, las mezzo-sopranos fueron aplaudidas por sus actuaciones. El Teatro Municipal sirvió de despedida a la señorita Conchita Micolao del Río, quien para el mes de febrero de 1893 anunciaba su retiro de la carrera artística. Algunos se atrevieron a inferir las posibles causas. Méndez y Mendoza (1893) así lo escribieron: “No lo explicamos sino por....inspiraciones del hogar” (p. 75)

Con o sin talentos especiales, las señoritas gozaban de buenas costumbres. Esta uniformidad estaba presente en la formación femenina y también masculina. Pero, solo la mujer estaba reducida al espacio privado de la familia y mostrada al calor del estatus social o del poder estatal. Ser hija de estadistas, escritores, médicos y generales era motivo de lisonjas; ser esposa de un hombre con cargo público resultaría modelo de mujer, y si era viuda representaba la encarnación de la fidelidad y ejemplaridad de esposa. Por ejemplo, la viuda del Mariscal Falcón es mostrada en el número 220 bajo la referencia moral y religiosa “modelo acabado de la mujer, tal como la concibe el cristianismo...sin haber sido madre...hermoso modelo de la mujer coriana “ (Graterol y Moles, 1899, pp. 118- 119).

Las señoritas y algunos patrones de consumo

Era frecuente ver los grabados de señoritas en conservatorios, acompañadas de sus familias acaudaladas, posando como alumnas de colegios o Escuelas Normales, entre destacadas mujeres ilustres.

Se les observaba solas, como bellezas caraqueñas. En esas imágenes, aparecían delicadamente vestidas y ¡cómo no hacerlo si vivían en medio de ofertas parisinas! Perfumes, jabones, corsés, joyas y postizos conformaban una muestra de la coquetería femenina, importada y publicitada en la revista. Pero, no todo era foráneo. Las

fábricas de calzado localizadas en Caracas formaron parte de las páginas de avisos publicitarios durante el año 1895.

Productos de Belleza

Ya en la columna de *El Tocado*, traducción de los capítulos del libro de la Baronesa Staffe (presente en los números de 1892 y 1893) se les aconsejaba sobre el cuidado de la piel (limpieza y protección del sol) a través de recetas caseras. Era algo bochornoso no cuidarla. Así que entre las recomendaciones figuraban los pepinos, limones, glicerina y agua fría para atenuar las manchas, mientras que para el lavado la lista incluía vino, jugo de fresas o agua de espinacas. Accesibles a todas y sin mayores inconvenientes, invitaba a las mujeres a ser coquetas y cuidadosas con su imagen (dentro y fuera de sus casas).

Una mujer cuidada era sinónimo de decencia y respeto. Esta idea impregnó los consejos para el baño, lavado de la cara y prevención de las arrugas. El cabello concentró la atención. Se aconsejó elegir bien el tocado, usar rizos con poca frecuencia para no maltratar y no teñir con colores claros porque era un perjuicio a la salud.

Para 1894 esta columna deja de existir y, ocasionalmente, aparece algún consejo de belleza escrito por hombres. La especial dedicación a las féminas cambia su foco a la moda con la *Página para las damas* de Josefa Pujol de Collado en 1896. Aparecieron las ofertas de productos para señoritas, ubicados en las últimas páginas. Los números correspondientes al año 1900 muestran jabones.

Lucir joven y perfumada parecía ser el mensaje de los publicistas quienes apoyados en el Estado vieron la posibilidad de mostrar a un país sudamericano los objetos consumidos por mujeres europeas. En medio de esta posibilidad, los anuncios ganan terreno, así como las marcas. Pululan los avisos sobre maquillaje. Si bien, es cierto que las mejillas frescas, sonrosadas y firmes eran admiradas no se identificaron productos entre los años 1892-1901. Solo aparecen polvos de talco o de arroz mostrados en avisos publicitarios del año 1897. Las señoritas podían prescindir por la belleza natural, pero las señoras no.

Prendas de Vestir y Accesorios

Las señoritas estaban rodeadas de modas para señoras. El corsé, una de las prendas más criticadas y anheladas por mujeres, era objeto de sanciones morales por hombres. Aún así aparece en el anuncio de *Corsés Leoty* en 1895. Algunos caballeros lo veían como una amenaza: “Lo inverosímil es que las mujeres se sometan humildemente a esta degradación y a este martirio de su cuerpo y que por capricho estúpido de una modista que probablemente carece de caderas, comprometan su salud y sus condiciones para la maternidad” (El Nuevo Corsé para las caderas, 1899, p. 773). Se expone así al cuerpo femenino como manipulable por obediencia a patrones de consumo, al tiempo que es también el objeto de dominación para el sostenimiento del patriarcado. Una clara contradicción, si a esto se suma las costumbres adquiridas en casa (arraigada a la moral y la fe) al momento de vestirse. No era cualquier cosa.

De manera extraordinaria en el primer número de 1892 la imagen de la Señorita Josefina Huguet sorprende a los lectores. Además de mostrar la silueta de un corsé, el vestido blanco cuenta con finos detalles negros y elegantes zapatos. Sus guantes blancos, abanico de plumas y accesorio en el cabello (tipo diadema) también son exhibidos. Se logra así en un plano entero apreciar la fiel imitación a la moda parisina.

Uno de los retratos de la señorita Polita de Lima, en 1895, la muestra en un plano medio con un vestido negro de encajes y cabello recogido. De rostro sereno y sin ninguna sonrisa. De igual modo el grupo de señoritas-alumnas de la Escuela Normal coinciden en las mismas características. Se ve, de este modo, cómo “la mujer estaba en la obligación de demostrar el adelanto cultural de la sociedad a través del vestir...Ella tenía el deber de resguardar el cuidado corporal...El vestir y el cuidado corporal femenino... se vehiculaba con el rol de la mujer como metáfora de la nación, es decir, como signo de ciudadanía” (Di Mare, 2013, pp. 51-52).

Para el oficio de misas, en medio de imágenes de los estragos del terremoto de Caracas, Guarenas, Guatire y Macuto en 1900, una de los accesorios en las cabezas de las señoras eran los velos negros con vestidos blancos. De clases menos pudientes y, rodeadas de niños, lucían así en aquellas imágenes. Los velos negros eran usados por las señoritas para ir a misa. Cubrirse la cabeza y mostrar algunas partes del cuerpo era común. Mientras las señoras mostraban las piernas, las señoritas no lo hacían. Basta observar los grabados para darse cuenta de que el cuerpo es resguardado y protegido. El velo denotaba una diferenciación entre hombres y mujeres. Se trataba de subrayar la autoridad del hombre, un claro símbolo entre ser o no imagen de Dios, justificado literalmente en las palabras de San Pablo.

Las señoritas pobres salían con mantillas blancas o negras, al igual que las señoras. Esta prenda cubría la cabeza y los hombros. Solo quedaba al descubierto el rostro. No todas eran de encajes. En el grabado del año 1892 de la Clínica de Niños Pobres de Caracas se les observaba como grupo con un lenguaje corporal que denotaba pena y decaimiento.

Las señoritas pudientes lucen sin mantillas en los grabados de las fechas consultadas. Sus cabellos recogidos o con rizos forman parte de los rasgos encontrados, así como sus posturas de confianza (cabezas erguidas y espaldas rectas).

La Enfermedad y Muerte de las Señoritas

Llama la atención algunos grabados donde se observan a las señoritas solas y tristes. Aquí la moda pasó a un segundo plano cuando se encarnó alguna enfermedad. Por ejemplo, en *Soledad* la descripción es muy clara: “Deseosa de la soledad que es tan grata y necesaria para los espíritus enfermos, la triste doncella se ha internado en el bosque” (Nuestros grabados, 1899, p. 783). Para aquellas mujeres no contar con salud implicaba distancia y lejanía. Compartir esto en público y, en portada, quedaba en el anonimato. El rostro y su identidad se ocultaba. Cuerpos dóciles y con miradas fijas al suelo representan signos del abatimiento y pena. Ese lenguaje corporal estaba acompañado de largas faldas, blusas de encajes y cabellos recogidos.

Se resaltaba el término “doncella” en aquellas jovencitas enfermizas. Nuevamente, la pureza de la carne subordina a la muerte misma. Lo impoluto sigue siendo la carta de presentación, tal como se observa en los sueltos editoriales (defunciones). Cuerpo y alma no son disonantes. Ambos como unidad. Están encarnados conforme al modelo de mujer creyente y disciplinada.

Tras la muerte de una señorita se extendía las condolencias a los familiares a través de notas de arraigo religioso. El duelo era un sentimiento compartido, se publicaba de manera inmediata. Escasos nombres llegaron a las páginas. En 1892, apareció el nombre de Isabel Pérez (familia del escritor Francisco de Sales Pérez). En 1894, se anunció la muerte de las señoritas Concepción Ibarra e Isabel García Prim (hija del General José María García). Un año después, apareció “la dolorosa noticia de la muerte de aquella señorita”, Francisca Ibarra Blanco, (Suelos editoriales. Defunciones, 1895, p. 181). Para 1896, aparecía Mercedes Chapellín Rojas, Rosaura Espinoza, Ana Luisa Ibarra y Belén Rodríguez Landaeta. En 1897, Adela Yanes. A comienzos de 1900 Henriqueta Llamosas Tovar.

Quedaba bajo absoluta discrecionalidad las causas de la muerte. Se carecía de estadísticas, peor aún, “En las Oficinas de Registro Civil no hay constancia del diagnóstico de los fallecimientos” (Toro, 1896, p. 721). Se sabía que existía la malaria, el paludismo o la pulmonía pero no había certezas respecto a cada muerte y alguna asociación con las lluvias. Si se trataba de alguna enfermedad no se mencionaba de manera explícita. Esta premisa se mantenía con el paso de los años y, aún, cuando en los anuncios publicitarios también aparecían las lápidas y monumentos de mármol, ni siquiera se precisaba el lugar donde se desarrollaría el funeral. Aparece la mención de la capilla ardiente en la casa de Ana Luisa Ibarra (Cloto, 1896). Esto da una idea del hogar como espacio para la despedida... Lo cierto es, según David (1892), que entre las costumbres se incluían los lujos para el carro fúnebre (flores). La austeridad en la muerte no era una práctica común.

Los cementerios de Puerto Cabello, del Sur (Caracas), de Valencia, La Guaira y Barquisimeto se veían como edificaciones cuidadas, nada comparadas con el Cementerio de Génova el cual contaba con galerías y obras de artistas. Los cuerpos de aquellas señoritas llegarían en carruajes y se erigirían monumentos de mármol embellecidos por coronas de flores, rodeados de pequeñas rejas. Uno de los grabados Monumento en el Cementerio del Sur aparece en el número 3 de 1892. Resulta una obra espléndida. La imagen de Jesucristo resalta, está sobre una base decorada con una corona de flores. Este modelo puede darnos una idea del esmero de las familias por honrar a sus difuntos y rendirle ofrendas. Si se trataba de un monumento para un niño la imagen era un ángel y de niños mirando al cielo.

Un claro ejemplo se identifica en el Monumento de Eraso (1892) que “cubre los restos de la señorita María Eraso, quien fue gala de la sociedad caraqueña arrebatada prematuramente por la muerte” (p. 66). En este monumento, la imagen de una mujer está acompañada por un ángel con una pequeña trompeta. Una réplica del trabajo de Fabiani en Génova es escogida por la familia. Esta elección resalta el poder monetario y la influencia europea aún en asuntos vinculados con la muerte.

Costumbres y Tradiciones de las Señoritas

La revista *El Cojo Ilustrado*, también introducía a los lectores a costumbres de una época. En una de las imágenes del Gran Ferrocarril, se describía (conforme al estado civil de las mujeres) sus presencias en las estaciones. Aquel ícono de la modernidad era testigo de historias de algunas señoritas. La edición número veinticuatro del mes de diciembre de 1892 así lo indicaba: “Casi todos acuden a la estación... las damas a recibir a los esposos... y a los suyos las solteras” (Grabado. Gran Ferrocarril de Venezuela, 1892, p. 411). Se espera al hombre y quien lo recibe es la mujer-madre, mujer-esposa o la mujer-enamorada. Para este último grupo se sabe (por esta fuente) que los galanes buscaban los medios para verlas y ellas salían de sus casas para el encuentro. El amor las movilizaba. El hecho de ser solteras no significaba salir sola. Así se advierte en una de las estrofas de la poesía *Solita*:

Pasaban las otras
vestidas de galas,
...
con sus novios al lado, mintiéndolas;
con sus padres detrás, admirándolas (De Castro, 1900, p. 564).

Un familiar de la señorita estaba cerca cuando la acompañaba el novio. Los novios esperaban el gran momento del matrimonio para consumir el amor prometido. El vestido blanco más que una moda parisina se le asumió como un signo de fiel amor. Camacho (1900) así lo describe:

Y hoy eres la prometida que espera
velo de novia y corona de azahares para
jurar en sagrado, amor eterno a otro” (p. 554).
El amor era sagrado si recibía la bendición divina. Simbolizaba un solo cuerpo en unidad,
separado solamente por la muerte.
No todas las señoritas se casaron a temprana edad. Algunas contrajeron matrimonio a los
veinte años y otras se angustiaban por seguir solas. Se refugiaban en oraciones para pedir
novios:
“Yo, Dios mío, creo en tí
Y pues te adoro de hinojos
Vuelve a mí tus santos ojos,
Que estoy sin novio, ay de mí!
...
Permite, Señor, que al fin
Encuentre un marido. Amén (Oración de una soltera, 1893, p. 250).

Si no llegaba el hombre, se veía a la soltera con un solo destino: ser tildada de solterona y asociarla a la costumbre de vestir imágenes sagradas (Prevost 1896).

Visita a Caracas

Hay anuncios de visitas a la capital hechos por algunas señoritas socialmente reconocidas por su escritura. Las poetisas eran admiradas. En efecto, para la edición número doscientos diecinueve, Polita apareció como referencia. La describieron como una “celebrada poetisa coriana, que en los círculos literarios tiene entusiastas admiradores de sus talentos y virtudes” (Sultos Editoriales. Polita de Lima, 1901, p. 111). La escritura y la moral ocuparon lugares privilegiados. Aún cuando la oferta de escribir a *El Cojo Ilustrado* era una invitación, no pasaba en vano mostrar a aquella mujer. Probablemente, era más fácil ser conocida por este medio o por reuniones familiares que en la soledad de las casas. Y ¿cómo entrar en aquella privacidad si no se tenía licencia alguna?

Salidas fuera de Caracas

A propósito del grabado de Tacoa en el año 1892 y, de acuerdo a los relatos mostrados por Yáñez (2001), se encuentran más elementos respecto a la compañía de las señoritas. Al visitar los baños de damas (construidos en Macuto) las madres estaban presentes. Tacoa, un lugareño, quien estaba cerca de los grupos de féminas no representaba ningún peligro. Se convirtió en un aliado y en el hombre más respetado por su discreción. No todos los caballeros tenían esta posibilidad. Los baños se convirtieron en la atracción de familias. De estilo europeo, ofrecían tranquilidad e higiene. Además de Macuto también había en Maiquetía (promocionados con la estación de Maiquetía para el año 1892).

Las bodas

No podía faltar la mención a las bodas. Los nombres de las señoritas y sus novios eran mostrados en las páginas de *El Cojo Ilustrado*. Para enero de 1894 contraen matrimonio José Agustín Yribarren y Virginia González Plaza. En julio del mismo año, Joaquín Nuñez Meneses e Isabel Valarino. En noviembre, las parejas conformadas por el Dr. Rafael Villavicencio y Petra Clara Aguerrevere y el Sr. Rafael Lizarraga con María Teresa Mawdsley.

En 1901 se anunció el matrimonio del poeta Cristino Sánchez Arévalo y la señorita María T. Sanz en Madrid. Una prueba más del poder adquisitivo, así como los viajes a Europa de familias venezolanas.

Nótese que no siempre se casaban las señoritas con jóvenes, era común verlas con hombres mayores que ellas. Por eso el énfasis dado a “señor” y “Doctor” (término empleado para referirse a médicos y abogados). De hecho, esta observación aparece en el año 1893: “las muchachas no logran tener novio formal porque los hombres que están en la edad de casarse no son los que se colocan en relación con ellas” (En busca de marido, 1893, p. 419).

Las familias celebraban con una fiesta. Era común encontrar bailes, alguna orquesta o cantante, además de los invitados, probablemente menores en número si se piensa en los obsequios de Caracas al General Joaquín Crespo en la Casa Amarilla.

Las Señoritas Maestras

La profesionalización femenina llega y es ampliamente respetada y admirada. Las señoritas podían optar por estudiar y obtener el diploma de maestras. Ser maestras no solo era formar a los ciudadanos también significaba un compromiso mayor con el progreso del país. Impregnado de ese espíritu positivista, Bolet (1895) dedica algunas líneas, las cuales en extensión representan una novedad: “A vosotras, a la mujer venezolana, os toca la misión de levantar los espíritus, reedificar la esperanza en el porvenir” (p. 373). Este aporte contradice a algunas lecturas en las cuales aducen que la educación es una extensión más del rol de madres. No se trataba solamente de cuidar a los niños, era verse de modo activo en la forja del país, llevar luz a las mentes. La educa-

ción era uno de los medios para lograr el cambio en el país, pese a su atemporalidad respecto a los avances en Europa donde ya se anunciaba para 1895 el ingreso de una joven para la carrera de Derecho. Salir de casa con la misión de instruir a los más pequeños y con el producto de su trabajo percibir un dinero era una novedad. Ya no era exclusivamente el hombre quien podía hacerlo, también las señoritas. Aunque de modo irónico, las maestras prueban los beneficios de la civilización y asumen que “El progreso perfecciona al hombre *y a la mujer*, porque siendo labor de su inteligencia, ensancha los horizontes del pensamiento... crea elementos de vida...deseo es mejorar en todas las condiciones de su existencia” (Beneficios de la civilización y el progreso, 1895, p. 200) (los autores incluyen las palabras en cursiva).

Lamentablemente, muchos nombres de maestras no aparecen en historiografías, han quedado en el olvido. Volver la mirada a ellas y valorarlas es tan solo una pequeña muestra de reivindicación. *El Cojo Ilustrado* se encargó de mostrar a generaciones de señoritas-alumnas de la Escuela Normal, señoritas-maestras y señoritas directoras de colegios.

A modo de resumen se presenta el siguiente cuadro. Cabe destacar que en los grupos (vistos en grabados) no estaban identificadas. Llegaban a la decena, pero no aparecen sus nombres. Solo se da protagonismo a las directoras. Quizá esto explique la aparición en Suelos Editoriales de maestras graduadas, quienes pertenecían a familias reconocidas. En algunos casos se destacaba la inteligencia en la aprobación de exámenes para optar el grado.

Cuadro 1. Señoritas maestras y directoras presentadas en la revista (1892-1901)

Año	Nº	Sección	Pág.	Nombre de la señorita	Descripción	Detalles del vestido y accesorios
1893	40	Fiesta simpática firmado por Francisco Manrique.	301	Señoritas Mercedes Limardo y Luisa Limardo.	Directoras del Colegio de Nuestra Señora del Socorro	Ninguno
1895	84	Grabado	373	Antonia Esteller	Directora de la Escuela Normal (instituto creado el 1 de enero de 1893) con producciones en la prensa nacional.	Grupo de señoritas con vestidos negros.
1896	113	Antonia Esteller	654	Antonia Esteller	Descendiente de Bolívar, se dedicó a la enseñanza como obra de misericordia. Nombrada directora de la Escuela Normal de Mujeres en Caracas.	Vestido negro con zarcillos medianos. Plano medio.
1897	30	Suelos editoriales María Teresa Silva	417	María Teresa Silva	Con 14 años se prepara para el grado de maestra en la Escuela Normal. Traducía trabajos científicos del francés al castellano, alumna sobresaliente de la Escuela de Piano. Compositora de la pieza de vals: Mi primera flor.	Vestido blanco de encajes. Cabello sujetado con una cinta tipo cintillo. Plano medio
1898	159	Suelos editoriales. Instituto Nacional de Bellas Artes.	564	María Teresa Silva	Se destacó en los exámenes. En piano la señorita está en primer lugar.	Ninguno
1898	167	Suelos editoriales. Colegio Nacional de Niñas de Caracas.	832	Francisca Adriana María Adrianza	Directoras del colegio. El Curso Normal tienen 17 alumnas para el grado de Maestras (próximo año).	Ninguno
1900	205	Suelos editoriales. Fiesta escolar.	428	Juana Torres María Estrada	Obtuvieron el título de Maestras de Instrucción Primaria.	Ninguno
1901	221	Suelos editoriales. Dos maestras	177	Clara Avelina Betancourt Rosalía de Castro	Obtuvieron el grado de Maestras en el Colegio de Nuestra Señora de Lourdes (Valencia). Ambas señoritas provienen de familias honorables: señor Alejandro Betancourt y señora Avelina de Betancourt, así como el Dr. José Cecilio de Castro.	Ninguno

Fuente: Elaborado por Peña, Claritza y Peña, José con datos de la revista *El Cojo Ilustrado*.

Se aprecia la inclusión de señoritas directoras (antes de la Escuela Normal). Obtener el título de maestra era motivo de reconocimiento público en revistas y eventos sociales. En estos últimos, la responsabilidad de la organización quedaba en manos de allegados o familiares.

Conclusiones

Las señoritas maestras asumieron la enseñanza de niños huérfanos a través de la creación del Refugio de la infancia a cargo de la señorita Julia Duplat en 1896. En la dirección de colegios destacaron las señoritas Limardo. En la Escuela Normal de Caracas era un emblema el nombre de Antonia Esteller. Todas ellas tenían clara la idea sobre formar a la ciudadanía para un mejor porvenir. Se amparaban de la caridad para llamar la atención y encontrar el apoyo necesario para la sostenibilidad. Antes de la creación del título de maestra ya algunas enseñaban.

La igualdad de género no era visible ni siquiera para la dirección de los colegios y las Escuelas Normales. En la revista *El Cojo Ilustrado* destacan las instituciones a cargo de los hombres. El Instituto Americano en 1896 ofrecía idiomas. El Colegio de Niñas de Maracaibo, creado para la misma fecha, no mencionaba el nombre de las directoras.

Las señoritas maestras asumieron sus roles en medio de tres circunstancias. La primera relacionada con un modo de ver el mundo desde la inocencia, así se explicita: “se procrea la generación del porvenir en el corazón de las vírgenes, que con una sola sonrisa aplicarán las pasiones de los hombres” (Antonia Esteller, 1896, p. 654). Dada la edad para estudiar (quince años) aún no eran vistas con plena madurez para el amor pero sí con esperanza para trabajar en la civilidad del país. Estas jóvenes ingresan a un mundo laboral marcadamente dirigido por hombres.

La segunda circunstancia guarda relación con las diferencias entre ellas mismas. De un grupo de señoritas no siempre los nombres aparecían en los sueltos editoriales. Tenían más posibilidades quienes provenían de familias conocidas. En consecuencia, el estatus económico influye en la presentación de la maestra. Por ejemplo, la señorita María Teresa Silva, tenía un elevado nivel cultural. Es uno de los modelos femeninos más cercanos a la mujer moderna, mencionado por la revista.

En tercer lugar está la cercanía a la ciencia de la época. No todas las señoritas tenían esa posibilidad. En el campo masculino representado por doctores o bachilleres, las lecturas europeas en otros idiomas (francés, alemán e inglés) estaban a disposición de pocos. Para una señorita maestra acceder a lecturas implicaba tener conocimiento de idiomas y habilidades propias de la traducción de textos. Los avances en materia educativa fueron objeto de atención para revistas especializadas (Revista de Instrucción Pública). Del grupo de mujeres mencionadas, la señorita María Teresa Silva fue una de las pocas maestras reconocidas por este trabajo. El conocimiento científico era un poder concentrado en pequeños grupos. Su acceso implicaba un dominio y privilegio. La labor de compartir ese saber a más sujetos de la sociedad a través de medios (revista) era una forma de acceso limitado, el cual estaba previamente leído y organizado por otros.®

Claritza Arlenet Peña Zerpa. Venezolana. Doctora en Ciencias de la Educación. Directora Académica de la FUNDACIÓN FAMICINE con sede en Venezuela. Profesora de la UCAB Investigadora de la Red Iberoamericana de Narrativas Audiovisuales –REDINAV y la Red Iberoamericana de Docentes y Red de Investigadores en cine en América Latina (RICILA). Miembro de comité evaluador de revistas educativas.

José Alirio Peña Zerpa. Venezolano. Cursante Becario de la OIM en el Profesorado Universitario para el Nivel Secundario y Superior (Universidad Austral/ Buenos Aires - Argentina, 2020 - en curso). Director de Producción de la FUNDACIÓN FAMICINE con sede en Venezuela. Investigador de la Red Iberoamericana de Narrativas Audiovisuales-EDINAV. Candidato a Doctor en Ciencias Sociales de la Universidad Central de Venezuela.

Referencias hemerobibliográficas

- Antonia Esteller. (1 de septiembre de 1896). *El Cojo Ilustrado*, N° 113, p. 654.
- Arismendi, P. (1 de enero de 1905). A Emilia. *El Cojo Ilustrado*, N° 313, p. 18.
- Barthes, Roland. (1989). *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*. España: Paidós.
- Beneficios de la civilización y el progreso. (1 de abril de 1895). *El Cojo Ilustrado*, N° 79, p. 200.
- Bolet, Nicanor. (15 de junio de 1895). Nuestros Grabados. Escuela Normal. *El Cojo Ilustrado*, N° 84, p. 373.
- Bouzagio, Nathalie. (2016). Leer con guantes: espectáculos pasionales en El Cojo Ilustrado. *Cuadernos de Literatura*, XX (39), 115-130. Recuperado el 14 de octubre de 2020 en <https://doi.org/10.11144/Javeriana.cl20-39.lgep>
- Calcaño, Julio. (15 de diciembre de 1900). Señora Lucrecia Tirado de Villanueva. *El Cojo Ilustrado*, N° 216, p. 773.
- Camacho, J. (1 de septiembre de 1900). Intima. *El Cojo Ilustrado*, N° 209, p. 554.
- Cloto. (15 de noviembre de 1896). Horas del Calendario. *El Cojo Ilustrado*, N° 118, pp. 875-876.
- David. (15 de marzo de 1892). Artículo de Costumbres. Los Muertos. *El Cojo Ilustrado*, N° 6, pp. 83-84.
- De Castro, Cristóbal. (1900). Solita. Poesía premiada con el Primer Accesit. *El Cojo Ilustrado*, N° 210, p. 564.
- De Sales Pérez, Francisco. (15 de marzo de 1892). Artículo de Costumbres. Los Cohetes. *El Cojo Ilustrado*, N° 6, pp. 87-88.
- Di Mare, María. (2013). Cultura, formación y cambio de mentalidad a fines del siglo XIX. Un análisis desde El Cojo Ilustrado. *Revista Cifra Nueva*, (27), 41-54. Recuperado el 12 de noviembre de 2020 en <http://www.saber.ula.ve/handle/123456789/37219>
- El bello sexo artístico. Sociedad musical de Valencia. (15 de septiembre de 1893). *El Cojo Ilustrado*, N° 42, p. 334.
- El Nuevo Corsé para las Caderas. La evolución del corsé (1 de diciembre de 1899). *El Cojo Ilustrado*, N° 191, p. 773.
- En busca de marido. (15 de octubre de 1893). *El Cojo Ilustrado*, N° 44, p. 419.
- Gausseron, H. (15 de diciembre de 1900). Costumbres Conyugales. *El Cojo Ilustrado*, N° 216, p. 762.
- Grabado. Clínica de niños pobres- Caracas. (1 de septiembre de 1892). *El Cojo Ilustrado*, N° 17, p. 269.
- Grabado. Gran Ferrocarril de Venezuela. (15 de diciembre de 1892). *El Cojo Ilustrado*, N° 24, p. 411.
- Grabado. Grupo de alumnas de la Escuela Normal. (15 de junio de 1895). *El Cojo Ilustrado*, N° 84, p. 370.
- Grabado. Grupo de señoritas de Sanare. (1 de enero de 1895). *El Cojo Ilustrado*, N° 73, p. 21.
- Grabado. Monumento en el Cementerio del Sur. (1 de febrero de 1892). *El Cojo Ilustrado*, N° 3, p. 36.
- Grabado. Srita Josefina Huguet. (1 de enero de 1892). *El Cojo Ilustrado*, N° 1, p. 15.
- Graterol y Morles, Justiniano. (15 de febrero de 1901). Luisa Isabel Pachano. Esposa del Mariscal Juan Crisóstomo Falcón. *El Cojo Ilustrado*, N° 220, pp. 118-119.
- Manrique, Francisco. (15 de agosto de 1893). Fiesta Simpática. *El Cojo Ilustrado*, N° 40, p. 301.
- Méndez y Mendoza, Eugenio. (15 de febrero de 1893). Conchita Micola del Río. *El Cojo Ilustrado*, N° 28, p. 75.
- Nuestros grabados. Escuela Normal. (15 de junio de 1895). *El Cojo Ilustrado*, N° 84, p. 373.
- Nuestros grabados. Monumento de Eraso. (1 de marzo de 1892). *El Cojo Ilustrado*, N° 5, p. 66.
- Nuestros grabados. Quien mal anda mal acaba (1 de enero de 1893). *El Cojo Ilustrado*, N° 25, p. 19.
- Nuestros grabados. Soledad. (1 de diciembre de 1899). *El Cojo Ilustrado*, N° 191, p. 783.
- Oración de una soltera. (1 de julio de 1893). *El Cojo Ilustrado*, N° 37, p. 250.

- Prevost, Marcel. (1 de agosto de 1896). Envidia (Confidencias de una solterona). *El Cojo Ilustrado*. N° 111, p. 607.
- Racamonde, Víctor. (15 de septiembre de 1900). ¡Oh Rubia!. *El Cojo Ilustrado*, N° 210.p. 572.
- Toro, Elías. (15 de septiembre de 1896). Crónica Científica. *El Cojo Ilustrado*, N° 114, p. 721.
- Torres, Carlos. (15 de septiembre de 1900). La Primera del espíritu. Dedicado a la señorita Josefina Suárez. *El Cojo Ilustrado*, N° 210, p. 564.
- Sueltos editoriales. (1 de julio de 1900). *El Cojo Ilustrado*, N° 205, p. 428.
- Sueltos editoriales. Colegio Nacional de Niñas de Caracas. (1 de diciembre de 1898). *El Cojo Ilustrado*, N°167, p. 832.
- Sueltos editoriales. Defunciones. Srta. Concepción Ibarra (15 de noviembre de 1894). *El Cojo Ilustrado*, N° 70, p. 472.
- Sueltos editoriales. Defunciones. Srta. Isabel García Prim. (1 de noviembre de 1894). *El Cojo Ilustrado*, N°69, p.429.
- Sueltos editoriales. Fiesta escolar. (1 de julio de 1900). *El Cojo Ilustrado*, N° 205, p. 428.
- Sueltos editoriales. Instituto Nacional de Bellas Artes. (1 de agosto de 1898). *El Cojo Ilustrado*, N° 159, p. 564.
- Sueltos editoriales. María Teresa Silva. (15 de mayo de 1897). *El Cojo Ilustrado*, N° 130, p.417.
- Sueltos Editoriales. Polita de Lima. (1 de febrero de 1901). *El Cojo Ilustrado*. N° 219, p. 111.
- Yanes, Oscar. (2001). *Memorias de Armandito*. Venezuela:Planeta.